

Escuela de Villanos

Marta Álvarez Lafuente

Ilustraciones de Sara Lozoya

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Marta Álvarez Lafuente, 2022
© de las ilustraciones: Sara Lozoya, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25444-7
Depósito legal: B. 2.047-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I



SUSPENDIÉRASE UNA VEZ

Colmillo Villalobos nació a la tierna edad de cero años. Quizás esto no te impresione, porque vives en el Mundo Real, como yo, y aquí todas las personas nacen siendo bebés. Sin embargo, en la Escuela de Villanos, donde vivía Colmillo, cada alumno nacía con la edad que le venía en gana. Un buen día, un escritor tenía una mala noche, soñaba algo terrorífico y ¡puf! un alumno nuevo aparecía frente a la verja de la Escuela, preparado para que le enseñaran a ser un villano hecho y derecho.* Algunos tenían ocho años, otros veintiocho, otros ochocientos veintiocho... y algunos, como Colmillo, aparecían siendo bebés.

* En realidad, los profesores de la Escuela preferían a los alumnos deshechos y torcidos, pero ese es otro tema.

¿Por qué, de entre todas las fascinantes y terroríficas criaturas que estudiaban en la Escuela de Villanos, he decidido contarte la historia de Colmillo Villalobos? Tendrás que esperar al final para averiguarlo. Y ni se te ocurra cotillear la última página. Hacer eso es el peor acto de villanía que existe, y nadie quiere ser un villano.

Ya lo verás.

Aquel día empezó como le gustaba a Colmillo: como siempre.

Como siempre, la campana-despertador de la Escuela tañó con cinco minutos de retraso, pues estaba programada a mala leche para que los alumnos llegaran tarde a clase.

Como siempre, Colmillo se desperezó y apagó la lamparita de la mesilla, que se había dejado encendida «sin querer» la noche anterior.

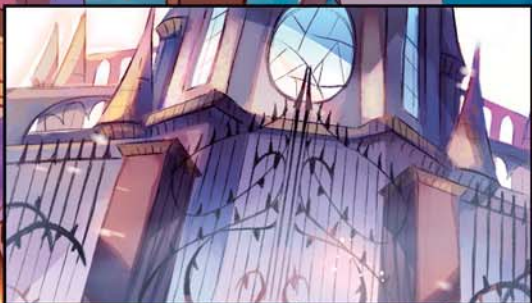
Como siempre, saludó a su compañero de dormitorio, Coco, que en ese momento salía arrastrándose de debajo de la cama, que era donde le gustaba dormir.

—¡Malos días, Colmillo! —respondió Coco—. ¿Preparado para el examen?

Y así, sin más, el día perfecto de Colmillo se convirtió en una pesadilla.

¿Cómo había podido olvidarse del examen?

Cuando bajó de la cama de un salto, sus peludos pies tropezaron con la respuesta: *Leyendas legendarias sobre el Mundo Real*. La noche anterior estaba tan nervioso por el examen que había acudido a lo único que podía calmarlo: su libro favorito.



A Colmillo le entusiasmaba el Mundo Real, lo cual te resultará extraño, porque tú vives allí (supongo) y sabes que no es gran cosa. Pero para Colmillo, el Mundo Real era la mítica tierra donde vivían los escritores, y estaba llena de fantasía y misterio. La pasada noche debió de haberse quedado leyendo hasta muy tarde; por eso se había levantado tan cansado que había olvidado qué día era.

El día del examen de Lacayo.

Como bien sabrás, los exámenes los inventó un profesor malvado (o sea, un profesor) que buscaba nuevas maneras de hacer sufrir a sus alumnos. Pues bien, imagina cómo de terribles son los exámenes en la Escuela de Villanos.

El examen de Lacayo es el primer paso para graduarse en la Escuela: si Colmillo aprobaba, abandonaría sus clases para villanos principiantes y se convertiría en aprendiz directo de uno de los profesores: la aterradora Momia, el gigantesco Polifemo, o quizás incluso la señorita Medusa, la jefa de todos los Monstruos de la Escuela. Bajo las órdenes de su nuevo maestro, Colmillo se entrenaría para aprobar la segunda y última gran prueba: la del certificado de Villanía.

Ese es el examen más importante, porque, cada cierto tiempo, algunos escritores visitan la Escuela para conocer a los Villanos recién graduados; escogen a los que más les gustan y los llevan a vivir a sus novelas. Colmillo nunca había conocido a un escritor en persona (ni en fantasma ni de ninguna otra forma), pero había leído sobre ellos, eso sí, y soñaba con que alguno escribiese un libro

con él dentro. Un libro donde se aprovecharan todas sus habilidades: era listo, corría muy deprisa, ¡y leía más deprisa aún!

El problema era que había otra cosa que se le daba bien... *demasiado* bien: Colmillo era buenísimo suspendiendo el examen de Lacayo. Lo había suspendido ya cinco veces, y sospechaba que iba camino de la sexta.

—Solo es un examen —se dijo para intentar tranquilizarse, mientras se pasaba los dedos por el revuelto pelo gris.

No sirvió de nada. Como siempre.

El examen de Lacayo era lo que más miedo le daba en el mundo; más que las tormentas, incluso más que la oscuridad. Y eso que a Colmillo le aterrizzaba la oscuridad. Era otra de sus peculiaridades.

Probablemente pienses que temer a la oscuridad no es tan raro. Y tienes razón. Pero es que Colmillo era un licántropo, es decir, un niño lobo. O, como lo llamaba su profesora de Expresión Poética y Maquiavélica, un «hijo de la luna». Un hijo de la luna que se echaba a temblar en cuanto la luna aparecía en el cielo.

«¿Qué clase de licántropo le teme a la oscuridad?», se burlaban sus profesores y compañeros. Y tenían razón, pensaba Colmillo. «Si quiero aprobar, tengo que ser un hombre lobo en condiciones», se dijo. Esa era la clave, ¿no? Ser feroz y salvaje como un animal. Seguir su instinto.

Pues bien, en ese momento su instinto le ordenaba que se escondiera debajo de las sábanas y no saliera en todo el día.

Oyó a Coco abandonar el dormitorio. Desde el otro lado de la puerta llegaba el sonido de pies, tentáculos y garras en estampida típico de la residencia de los Monstruos, que era donde vivía Colmillo.

Verás, la Escuela de Villanos divide a sus alumnos en cuatro secciones: Monstruos, Maleantes, Genios Malvados y Ricachones, y cada una tiene su propia forma de ser ruidosa. En los pasillos transitados por Monstruos son habituales los aullidos y el chasquido de cortaúñas enormes arreglando garras y púas, mientras que en la residencia de los Maleantes siempre se oye de fondo alguna pelea entre piratas, ladrones y demás. En los laboratorios de los Genios Malvados explotan pócimas e inventos a diario. Los Ricachones son menos caóticos, pero tampoco se salvan: les gusta conectar sus carísimos altavoces inalámbricos a todo volumen, solo por el placer de molestar.

—¡Lo sabía! ¡Sal de ahí, cobardica!

Un brazo salió de la nada y agarró a Colmillo por el hombro, lanzando la sábana por los aires.

Podría haber sido cualquier cosa: un troll, un dragón, un vampiro sediento de sangre o, Hades no lo quisiera, la mismísima señorita Medusa, que tenía el pelo hecho de serpientes. Pero no. Quien zarandeaba a Colmillo era alguien mucho más peligroso: Clara Malagente.

Su mejor amiga.

La mayoría de los alumnos de la Escuela conocían a Clara como «esa Maleante bajita que tiene cara de bulldog enfadado». Y es cierto que Clara Malagente era bajita y chata, grandota y pequeña a la vez, y que casi siempre

estaba enfadada con alguien. Pero Colmillo sabía que su cara daba mucho más miedo cuando sonreía, porque significaba que se le había ocurrido alguna idea. Y las ideas de Clara no le daban tanto miedo como la oscuridad o el examen de Lacayo, pero casi.

—¡Venga, venga! ¡Que vas a llegar tarde!

—Pero si cuando llego pronto a clase me echas la bronca... —protestó Colmillo.

—Es que llegar pronto a clase es de listillos. ¡Pero hoy es un día especial! ¡Por fin vamos a ser Lacayos! Y después aprobaremos el examen de Villanos, y un escritor nos conocerá a los dos a la vez y escribirá un libro en el que podamos sembrar el caos juntos. —Clara se secó una lágrima de emoción, lo cual era raro en ella, ya que nunca lloraba. A lo mejor estaba quitándose una legaña. No le gustaba mucho lavarse la cara.

—Pero, Clara... Si he suspendido cinco veces... —«... y tú has suspendido cuatro», pensó Colmillo, aunque se calló esa parte. Era mal villano, pero muy buen amigo.

—Hoy será distinto. Una bruja de mi clase de Timos y Estafas me ha leído la malaventura y me ha dicho que voy a aprobar. Y luego...

Clara siguió parlotando mientras obligaba a Colmillo a salir de la cama, y a él, al final, se le acabó contagiando su optimismo.

Como siempre.

Al entrar al aula del examen, Colmillo estaba convencido de que, cuando saliera, sería convertido en Lacayo.



Los alumnos se acercaban a la mesa del profesor por orden de lista (los villanos pueden ser muy organizados cuando se trata de hacer el mal). Colmillo Villalobos esperó con la mirada baja, repasando todo lo que había estudiado* hasta que una voz ronca pronunció su nombre.

Una mano grisácea le entregó los folios del examen. La mano iba unida (cosida, mejor dicho) a un corpachón igual de gris, coronado por una cabezota adornada con dos tornillos, uno encima de cada oreja. Colmillo reconoció a aquel profesor: era el hijo del doctor Frankenstein, de los Genios Malvados. No recordaba su nombre, pero no se distrajo intentando recordarlo. Tampoco se dejó desconcertar por el ruidito de alguien haciendo clic, clic, clic, clic, clicliclicliclic con un bolígrafo.** No, Colmillo estaba lanzado.

Iba a aprobar.

Contestó a las preguntas de Lengua, Desconocimiento del Medio e Histeria en un abrir y cerrar de ojos. Antes de darse cuenta estaba rellenando el último folio, la parte del examen que más miedo le daba: Matematicacas. No las entendía, pero recordó que eso era una buena señal: su profesora de Matematicacas, la directora Rottenmeier, siempre decía que entender era de sabihondos, y que un buen alumno debía limitarse a responder de memoria.

* Por si tienes curiosidad, algunas de esas lecciones eran: «Una palabra esdrújula es drújula», «Los mejores hábitats para los cactus son el desierto y la silla de tu peor enemigo» o «La Segunda Guerra Mundial fue culpa de los jóvenes».

** No era un alumno nervioso, sino un tipo contratado por los profesores para hacer la experiencia del examen lo más incómoda posible.

Y Colmillo tenía una memoria magnífica, así que respondió exactamente lo que le habían enseñado:

2 y 2 suman:

22

La raíz cuadrada de 84,2342 es:

Cuadrada

Escribe el teorema de Pitágoras:

*La hipotenusa es igual a la suma de cuantos más cate-
tos mejor*

Terminó el examen en un abrir y cerrar de ojos. Lo repasó dos veces antes de entregárselo al profesor, que lo recogió con desgana mientras ojeaba un libro de recetas de *Monsterchef*.

Había bordado las preguntas. Estaba seguro, ¡Clara tenía razón! Esta vez iban a aprobar. ¿Por qué había estado tan preocupado esa mañana?

Lo recordó en cuanto salió del aula.

Lo que le ponía nervioso cada año no era la parte teórica del examen, sino la que venía después, la práctica. La que siempre suspendía. La que se encontró de morros al otro lado de la puerta.

La pelea.

—Buenos días —dijo su oponente.

Después levantó la espada.